
información de cursos

ANA ABAD RODAS

CURSOS INTERAMERICANOS

Como es ya tradicional, en la ciudad de Cuenca, sede del CIDAP, se realizó durante el mes de mayo, el Séptimo Curso Interamericano para Artesanos Artífices. Es grato entregarles reportajes realizados a algunos de sus participantes.

Peces de carne de cartón y de papel

91

"A veces en las tardes una cara, nos mira desde el fondo del espejo; el arte debe ser como el espejo que nos revela nuestra propia cara"

J.L.Borges

Es un desdoblamiento perfecto. El movimiento de su cuerpo, la voluptuosidad de las formas. La expresión alejada de su rostro. La soledad quieta de su mirada. La postura de su cabeza: recta, firme, tímida. La suave complicidad de sus formas. Era necesario verla, detenerse frente a ella, buscar en los más pequeños pliegues la fuerza y el misterio de

la creación de esa criatura infinita, de esa sirena. De esa sirena de papel maché, recreada con agua y cartón, goma y papel por las manos de Ana María Mugnanni.

Ana María Mugnanni, artesana argentina, fabricó para nosotros, en papel maché, la siempre inquietante fábula de las sirenas con sus voces finas y continuas en noches de luna y a la deriva del océano con sus cuerpos de carne de cartón y de papel. Ana María nos mostró esta sirena de papel maché tan sólo el día de clausura del Séptimo Curso de Artesanos Artífices junto con otros trabajos artesanales de los participantes de este curso en

diferentes materiales: textiles, cerámica, hojalata, cabuya, cuero, madera.

Tenía treinta días para hacer entrevistas a algunos de los artesanos de los diferentes países asistentes al curso. Pasaron los treinta días y solo el día de la clausura descubrí por qué no le había hecho la entrevista a Ana María Mugnanni. Ella es una artesana de papel maché. Nos trajo desde Buenos Aires dos peces en papel maché. Esta era la única razón: nunca me gustaron del todo los peces y, ella hacía peces, peces de todos los colores.

La sirena de Ana María, esa sirena quieta fue el eslabón para entrar al mágico mundo de las burbujas de colores, de peces de colores, de peces con sus cuerpos de papel maché.

Nunca me acerqué mucho a los peces que trajo Ana María, pero había algo diferente en ellos.

Me gustó mucho el movimiento de sus formas. Ese, fue el anzuelo. Pasaba junto a ellos todos los días. Era inevitable verles.

Estaban colocados en el dintel de la chimenea del Cidap, casi junto a mi escritorio. Les miraba de pasadita como quien no quiere la cosa, sin atreverme a acercarme, guardándome las suficientes distancias para evitar su atracción.

Esto se convirtió en un verdadero duelo. Nunca cedí ante mis deseos. Todo empeño

fue en vano. Un día los agarré. Me encantaron. Sentí la ligereza de sus cuerpos en mis manos, la increíble elasticidad lograda con los altos y los bajos relieves del cartón, moldeados por la expresividad de las manos de Ana María Mugnanni.

Me encantaron, eran dos peces bonitos de unos quince o veinte centímetros de largo. Planos y medio gorditos. Los dos se complementaban. Se necesitaban uno junto al otro. Uno de ellos con rayas azules, azules gruesas, estaba en la esquina de la chimenea; el otro, el pez de la derecha tenía rayas más finas. Si alguno de ellos faltaba, el movimiento, la forma de sus cuerpos, el colorido de su piel se rompía. Separados estaban incompletos, rotos, cercenados, tristes.

Ana María Mugnanni convive con el papel. Mantiene a través de él, esas inacabables conversaciones. Conversaciones donde las respuestas ciertas no existen. Donde las respuestas a los infinitos misterios que nos unen con los inicios de los tiempos se diluyen, en el insatisfecho deseo por comprender el misterio de ese día cuando se formó ese ser mitad pez y mitad mujer.

De su interior de agua, aire y papel se deja escuchar todavía, el fino murmullo de soledad y

belleza de ese cabalístico ser nacido en una noche de fantasía y magia de las manos de Ana María Mugnanni.

Guadalupe Perez, un juglar del amate

"Se dice que cuando aún no era de noche, cuando aún no había luz, cuando aún no amanecía, dicen que se juntaron, se llamaron unos a otros los dioses, allá, en Teotihuacán para crear el quinto sol"

Códice Matritense del Real Palacio

Y todo fue arte, el color, el sabor, el olor, el mito y el rito. Sus manos comenzaron a moverse. A descubrir los colores, a mezclarlos. A unir las finas líneas de las formas. A impregnar con sus movimientos el aroma y la memoria de los maizales, del maguey, de las tortillas, de los jalapeos, de las cosechas.

Todo estaba preparado para ese día. Los pinceles, las tintas, las tierras de colores, los acrílicos, los canutos de madera con sus plumas. Sobre la mesa tenía el amate listo. Era un amate blanco de más o menos cuarenta centímetros de largo por veinte de ancho.

Era todavía muy temprano, cuando Guadalupe Pérez agarró uno de los bancos de madera y se

sentó. Tomó entre sus manos el amate y empezó a pintar. Cogió la pluma y sin mucha dificultad, con la facilidad entregada por los años hizo los primeros trazos.

Asomaron las tenues curvas de las aves y de los venados, de los montes, de los hombres, de las mujeres con sus huipiles y sus huaraches.

Ninguno de ellos tenía todavía un rostro definido. Repasó estas líneas como quien entrega movimiento y vida a los cuerpos. Nacieron las plumas de los pájaros turquesas. Los espinos y las tunas de los nopales. El venado y la venada como si estuvieran en el primer cortejo, en el cortejo inicial, con sus cuerpos ágiles, estilizados, pintados en rosa mejicano y con rostros almendrados.

Poco a poco la tinta fue formando el campo, los maizales, las cosas, las casas, los hombres, los hombres con sus pantalones anchos y blancos. Las mujeres con los huipiles y sus faldas con cintas de colores: amarillas, azules, rojas, verdes. Los niños cargando una gran canasta de peces. Redes con chiles rojos y verdes, con chiles jalapeños grandes y chicos.

Sobre la superficie de este largo amate blanco fueron surgiendo rodeadas de montañas y senderos, las primeras casas de Xatlixca. Casas pintadas con colo-

res vivos y techos rojos. Casas pequeñas de madera y tierra. Casas donde siempre existe una mesa con colores y fantasía, con pinceles y amates para pintar sobre la corteza de este hueco árbol de amate, la historia de Xatlixia, la del encantamiento, el hechizo del pueblo de Guadalupe Pérez, Xatlixia, en el estado de Guerrero.

Guadalupe pinta con sus manos, con sus recuerdos, con su vida. Pinta las fiestas, las corridas de toros, las peleas de gallos, la siembra y la cosecha, los castillos artificiales, las bodas y los compadres, el día y la noche. Guadalupe pinta junto a su familia y vende sus amates en el mercado de las artesanías en el Distrito Federal. Vende amates claros y oscuros, vende pinturas sobre madera también. Vende pinturas sobre la vida de Xatlixia y de muchos pueblos mexicanos dedicados a medir el paso del tiempo por el clima, por su trabajo en el campo, por las fiestas y los recuerdos, por el trabajo de sus manos.

Mientras Guadalupe lava uno de sus pinceles en un pequeño recipiente de madera se va formando un extraño color en el agua. Una agua formada por los resagos de tinta, acrílicos, magia, fantasía y formas. Guadalupe mira y revisa con mucho cuidado los más pequeños detalles de las jaulas de las torcazas y codornices para darles

el movimiento preciso a sus alas, a sus cuerpos.

En los amates de color obscuro, Guadalupe Pérez pinta con colores fuertes para resaltar las figuras. El no usa en estos amates tinta china porque la tinta no corre con facilidad, se desparrama, se encharca entre el arrugado amate y las líneas. Los amates blancos en cambio, le dan a Guadalupe mayor oportunidad de colorear sus historias y su gente con los matices y los tintes más adecuados para resaltar la bulla y la diversión de las fiestas, para mostrar el dulce encanto de la luna, el sol y las estrellas dibujados con rostros sonrientes y rayos diluidos en formas simétricas como ese lejano día al comienzo de la nueva era cósmica y de la creación del quinto sol cuando la reconstrucción del mundo fue presidida por Quetzalcóatl y Tezcatlipoca, dioses creadores de la mitología azteca.

Guadalupe Pérez nos cuenta en sus amates del sabor de las tortillas, de la habilidad recreadora de todo un pueblo ligado en recónditos rostros a sus costumbres, a sus fábulas, a sus leyendas y a todos los días de su historia. Guadalupe Pérez un artesano de Xatlixia en el estado de Guerrero nos recuerda la calidez de México, el sueño de sus pequeños pueblos remontadas en montañas, valles. Guadalupe Pérez nos trae noticias de México en

sus amates, en sus manos.

Y cada vez al terminar un amate, mira de nuevo todo. Observa qué le faltó, lee en sus dibujos la historia, los cuentos que a Guadalupe Pérez le contaron sus mayores, Guadalupe Pérez escribe con colores y el encantamiento de las cosas comunes, de la vida de todos los días.

Es un trabajo largo pero bonito

Cada cosa tiene su sitio. Cada figura su razón. Tiene un pincel para cada color. Una nueva idea para cada trabajo. A golpe de martillos y cinceles forma volúmenes, crea texturas. Con tierra de colores, clavos, pegamentos y barnices la suela y la madera se unen, se recrean, se transforman. Las manos de Milka les van dando formas. Siempre jugó con ellos. Les conoce bien.

Sabe sus límites, descubrió sus posibilidades. Trozos de madera y pequeños pedazos de suela fueron sus juguetes de niña, sus primeros juguetes, sus juguetes de siempre.

"Esto viene de familia. Desde siempre mis abuelos, mis padres se han dedicado toda su vida a la fabricación de muebles en un pequeño taller de su casa. Ellos siempre han hecho muebles

bastante especiales. Con mucho cuidado en su calidad, en la terminación, en el tallado, en el estilo. Desde el día de mi nacimiento me ha rodeado este mundo. Por azares de la vida estudié esmaltes sobre metales y por necesidades y muchas coincidencias más derivé al repugado en suela destacandola partetradicional en utilización."

En su taller no tiene nada especial. Una mesa grande y robusta con una cubierta gruesa. Allí golpea con soltura la suela buscando la expresión exacta para darle personalidad e identidad a la pieza.

"Tengo mis colores. Uso las témperas, no se utilizan grandes maquinarias, tan sólo pinceles, cuchillas, martillos, clavos, pegamentos, barnices, colores. Todo esto cabe en un cuarto más o menos pequeño, no necesito más espacio".

Milka Velastin habla con sus ojos. Sonríe con su mirada. Ríe con sus manos. Experimenta con los colores. Disfruta de la suela. Juega con la madera. Se comunica con la madera y la suela como si mantuvieran un secreto y misterioso convenio con ellos. Milka tiene en sus manos la fuerza y la fortaleza de los nogales. La seguridad de los viejos robles.

Con la suela Milka nunca termina de encontrar nuevas posibilidades de trabajo.

"De la suela diría hartas cosas buenas. Es un material muy rico, es agradable, es suave. Es como muy tranquilo. Puedes darle formas. Es cálido porque al contacto no se le siente frío como el plástico o como un metal. La suela tiene la temperatura del ambiente. Si tú chocas contra él, no te vas a herir porque es un material semiblando. Absorbe los colores de una manera bonita, de acuerdo a su uso, la suela te da un acabado que no todos los materiales pueden tener".

Vivió rodeada de virutas, martillos, clavos, suela, serruchos, cepillos. Hacían en el taller muebles tipo colonial español. Durante toda su vida, su familia quiso recuperar los diseños coloniales tanto para la fabricación del mueble como para el trabajo artístico sobre la suela. Milka comenzó a buscar referencias sobre el repujado en suela. Nunca encontró nada escrito.

Sus fuentes fueron los muebles coloniales. Empezó por mirarlos, disfrutarlos, comprenderlos. Entender la razón del oscuro brillo de muebles, descubrir su calidez, las diferentes texturas

de las suelas. Quiso experimentar con sus manos el secreto del repujado en suela; los palpó. Los acarició. Sintió el respaldo de una silla colonial en su espalda, la comodidad de la banca con anchos brazos de cedro, el fino aroma de la suela y su arrullador sonido.

"Tus manos obedecen a tus sensaciones, a los pensamientos de ese momento, es sencillo. Cuando estás trabajando con el martillo, con el partidor vas reflejando en tu trabajo. Con la suela me sucede. Cuando ya hago un concepto del diseño para una pieza y llega el momento de darle volúmenes, en el proceso del repujado mismo, en ese momento sólo están tus sentimientos, tu manera de relacionarte con el material. A veces incluso el ánimo de ese día influye en tu trabajo, por eso, la pieza puede ser más viva, más triste, o más alegre. Y, es que tus manos son una extensión de tu mente"

Estudio en la Escuela de Bellas Artes de Santiago de Chile esmaltes, repujado en metal y fundición artística. Con toda esta experiencia descubrió que el repujado en metal era muy similar al repujado en suela. En el repujado en suela se emplean las

mismas herramientas utilizadas para el repujado en metal. Mientras en el repujado en metal se trabaja por las dos caras: negativo y positivo, en la suela se trabaja tan sólo por una cara, la cara positiva.

"En la casa todos tienen una función por cumplir. Mi madre es como el jefe del taller. Ella recibe a los clientes, lleva toda la parte contable. Mi padre trabaja en el llamado 'mueble en blanco' es decir, la estructura de madera. Llega el cliente y nos pide una pieza pa' tal lugar. Veo cuáles pueden ser las proporciones de la pieza. Si el mueble debe ser más chico o más grande. La cantidad de luz del sitio donde van a colocar el mueble. El tipo de decoración de la casa. Todo esto para realizar un diseño adecuado. Voy entonces hasta donde mis padres y ellos me hacen la estructura de madera".

Cuando sus padres le entregan el mueble en blanco, Milka comienza a trabajar en las formas, en las líneas, en los colores para la pieza. Milka no usa cuños o moldes para el repujado. Todo su trabajo es cincelado por sus manos. Sus piezas llevan hojas, diseños geométricos, animales, montañas y pájaros. Los moti-

vos varían si esos son los más adecuados para dar vida al mueble. Con el color sucede igual. La pieza irá policromada si en la casa del cliente entra mucha luz y si no es así busca los colores necesarios para dar claridad tanto al mueble como al lugar.

"El cliente nunca me pide tal o cual diseño. Yo tengo toda la libertad para trabajar, con el dibujo listo, veo cómo queda en la plantilla. Hago uno a tamaño natural y todo esto traslado a un papel calco. Después coloco el papel sobre la suela. Con el partidador, herramienta en forma de U corta, hago la primera incisión. Sólo entonces comienza el repujado, en estos momentos saco volúmenes, dos texturas distintas. Cuando todo está listo, entonces voy al policromado".

A Milka todo este trabajo le toma unos treinta y cinco días. Cuando Milka comenzó a trabajar con la suela usaba tierras de colores. Ahora con las témperas ha conseguido una mayor pureza en los colores de sus piezas. Milka hace con la suela sillas, baúles, sillones, respaldos de cama, cofres.

"Ya al poner los colores, uso la témpera. Utilizo mucho la luz artificial, la luz amarilla.

Esto, para mantener el color final parejo y evitar así alteraciones. La luz del día va cambiando y de repente los colores no te quedan todos iguales. Soy medio temática en los colores. Toda la parte policromada va en colores muy brillantes. El dorado, si algún lugar del mueble pide que vaya dorado, oro en lámina. Y con esto listo, recién entonces, le instalo en el mueble. En estos momentos comienza el acabado".

"En el acabado uno intenta envejecer un poco la pieza, para que los colores no

queden tan brillantes porque los chilenos somos un poco pacatos, tristes, fomes, no sé cómo, grises. Le pongo para esto un barniz cubritivo y enseguida le doy otro barniz con un tinte café oscuro para darle un tono café general antiguo a la pieza. Ese día termino con la pátina, que es darle brillo y rescatar brillos en algunas partes de la pieza y oscurecer en otros.

"La suela es a veces escurridiza, te moldea, como que te va repujando suave, con pasión. Es un trabajo largo, pero bonito" ●

